

## ICONO

Siglo XIX

Plata repujada y óleo sobre tabla

23 x 16 cm.

Legado Parada Carballo, 1972

Nº Inv.: 4.259

Los iconos son representaciones sacras con la imagen de la Virgen, Jesucristo o de cualquier santo o personaje celestial que se veneran desde tiempos remotos, como objeto de culto, en la religión cristiana primitiva y después de la escisión, especialmente en la iglesia ortodoxa en Grecia, Rusia y en los países del este de Europa.

El mayor esplendor de su fabricación está ligado al arte bizantino, comenzando una producción masiva en los siglos VI y VII hasta que su divulgación degeneró en un movimiento iconoclasta que dura casi ciento veinte años, llegando a su punto álgido cuando el emperador de Bizancio, León III, ordenó en el 726 que desapareciesen todas las imágenes de las iglesias. En el 843 la emperatriz Teodora vuelve a autorizar la veneración de las figuras sagradas, perdurando hasta nuestros días el entusiasmo y fervor por las mismas. Rusia, cristianizada por Bizancio en el año 988, adoptará el icono como arte religioso, convirtiéndose en uno de los centros más importantes. Las principales vías de transmisión y conocimiento de esta corriente estilística fueron por una parte los encargos que las cortes europeas hacían a los artistas y talleres bizantinos y que servían de modelos a las artes locales; y de otra la difusión del conocimiento y de la doctrina realizada por los monasterios.

La penetración del arte bizantino en Europa se realiza por dos rutas geográficas diferenciadas: primero a través de Rusia hacia la Europa eslava y después a través de Rávena (Italia) hacia la Europa latina.

Los iconos, enraizados en la espiritualidad popular, deben de ser estudiados no solo desde una perspectiva artística sino también desde un punto de vista espiritual y de culto. Pintar un icono no era un simple proceso creativo, antes el pintor tenía que ser bendecido para comenzar su trabajo, hacía ayuno (no menos de 40 días) y rezaba largamente. Fregaba la casa y se ponía ropa limpia. Si la obra se hacía en un taller monacal, toda la

comunidad de monjes participaba en la oración. Hay escritos razonados de cómo se deben venerar los iconos, el contenido litúrgico de las imágenes, referencias a los textos bíblicos y el tipo de hombre que debía pintarlos.

El propio pintor escoge una tabla de madera noble (ciprés, encina, castaño...) que sea lisa y sin nudos; se prepara la superficie de la madera de modo que se pueda encolar en ella una tela fina. Con una solución de polvo especial se hace un fondo duro y estable que se pule perfectamente hasta formar una superficie compacta. Se marcan entonces los rasgos esenciales del icono y se colocan hojas de oro en toda la superficie quedando ésta dorada, se reserva para un momento posterior la ejecución de los rasgos del vestido, cara y manos. Poco a poco se van sacando los rasgos de la imagen, usando colores naturales mezclados con clara de huevo o bien pintura al temple. Una vez terminado el proceso se le da una mano de aceite de lino y resinas para formar una capa protectora que conserve los colores.

Con frecuencia se recubren los iconos con metales preciosos como oro, plata, esmaltes, etc., este revestimiento denominado *Ryza* o *Basma*, trabajado en repujado o con incrustaciones de nielados, enmarcaba el icono dejando toda la imagen al descubierto o a veces sólo las manos y el rostro. En las representaciones aparecen las iniciales JC (Jesús), XC (Cristo), o los nombres de los santos representados.

Utilizan como recursos plásticos el hieratismo en la expresión de los personajes, el rechazo a la plasticidad de los cuerpos y del movimiento y el espacio abstracto. A veces trabajaban diferentes artistas en el icono, algunos realizaban lo accesorio -árboles, montañas, ropa- y posteriormente uno sólo hacía el rostro. Una vez terminado éste recibe la bendición de la iglesia.

Todo el templo oriental clásico está decorado con estas imágenes, que se suelen colocar en el Iconostasio, construcción arquitectónica en madera que separa y divide la nave del templo -destinado a la comunidad- del espacio que rodea al altar abierto, dónde sólo se coloca el clero. Fueron utilizados también en las procesiones solemnes, algunos de ellos bifaces, representando generalmente a Cristo, la Virgen con el Niño y la Crucifixión. Objeto votivo por excelencia, el icono era la donación más asequible que el cristiano podía ofrecer a la iglesia. Asimismo pertenecen al ámbito privado, estando presentes en pequeños santuarios domésticos,

siendo uno de los regalos en los bautizos y bodas y también eran llevados en los viajes por sus cualidades apotropaicas y curativas.

Además de los iconos de Cristo, de la Virgen madre de Dios y de los evangelistas había iconos de santos. Entre un extenso panteón, se elegía espontáneamente a los más populares y familiares: Jorge, Nicolás, Elías, Elena. Los iconos sobre la vida de los santos (*jitié*) se hicieron con el tiempo cada vez más numerosos, convirtiéndose en auténticas biografías ilustradas.

El icono estudiado representa posiblemente a San Eleuterio, nacido en Épiro y que fue Papa entre el 175 y el 189 d. C. Tiene un revestimiento lujoso en plata grabada y repujada que se extiende por toda la superficie a excepción del rostro. Representado en abultado relieve, con un libro en la mano y en actitud de bendecir, gesto cargado de simbología, ya que los tres dedos abiertos (índice, corazón y meñique) quieren recordar a la Trinidad y que Cristo es una de las tres personas divinas, los dedos restantes replegados (pulgar y anular), recuerdan que en Cristo subsisten dos naturalezas: la humana y la divina. La cabeza de inspiración románica se realiza en óleo sobre tabla, proporcionando un gran efecto. Viste alba y capa pluvial con estola, prodigándose en éstas los detalles ornamentales.

La figura se desenvuelve sobre un fondo compartimentado, a través de una moldura, en dos zonas de diferente decoración, quedando enmarcada por baquetones y roleos en los ángulos. Flanquea la aureola del santo una inscripción en caracteres griegos, donde figura el nombre del mismo. Ejecución cuidada y cargada de detalles, imponiéndose lo decorativo en un trabajo donde la labor de orfebrería supera a la de la pintura.

El icono, en su representación formal e iconográfica, influye tanto en el arte áulico como en el arte sacro en la península ibérica, apreciándose claramente esta influencia en las miniaturas mozárabes (siglo X) que se producían en los *scriptoria* monásticos. También en el románico peninsular: en la pintura mural, en la pintura sobre tabla -principalmente en los frontales de altar,- en las miniaturas de los manuscritos, en las vidrieras y en general en las artes litúrgicas de objetos como son los tronos episcopales, marfiles, tejidos, arcas y altares portátiles, cofres, etc.